

FRAY GERUNDIO.

Epístola 9.^a

ABRIL 12.

ANTES DE CEUTA.

Os anuncié, hermanos suscritores de todo mi cariño, en mi última epístola que no pasaría el viernes santo en Gibraltar, no fuera cosa que á los judíos les diera la tontería de hacer una judiada conmigo, y así lo cumplí, ni mas ni menos que habreis visto ya el modo como FR. GERUNDIO acostumbra á cumplir lo que ofrece. No obstante todavía pasé una parte de la mañana en aquel compendio, modelo ó miniatura de mundo, ó llámese como quiera, que de todo tiene, y como dijo el hermano Meudez Vigo en las cortes, interpelacion, proposicion, aviso ó consejo, todo puede ser serlo una misma cosa: y cualquier cosa puede llamarse

la población de Gibraltar, en que como la red del santo pescador se encuentra de todo género de peces.

Parecióme que no debía emplear aquella fracción de mañana sino en ocupaciones y cosas análogas á la santidad del día, y en su consecuencia me fui en compañía de TRIBEQUE al templo de los católicos, donde asistimos con religiosa devoción á los divinos oficios del santo viernes, cuyo rito no ofrece diferencia particular del que en España se acostumbra. En seguida pasamos al templo de los Metodistas, que tambien se hallaban celebrando su festividad. Este culto si que no se parece nada en su forma exterior al del catolicismo. El templo es pequeño aunque bastante mas capaz que las sinagogas: pendian de su techo unas diez y ocho ó veinte lamparitas; en su parte superior hay una ancha galería que recorre sus tres ángulos; no tiene capillas ni altares; ni estíjes de santos visten sus paredes como en los templos nuestros. En su lugar solo se encuentran en el sitio correspondiente á nuestra capilla mayor dos cátedras ó púlpitos uno sobre otro que cubre y adorna un pabellon de terciopelo carmesí, y á sus dos lados en la pared de detrás se ven dos tarjetones en campo verde en que se hallan escritos con letras doradas los preceptos del decálogo, uno en idioma inglés y otro en español, con este epígrafe en caracteres mas abultados: «HABLÓ AL SEÑOR DIOS A SU PUEBLO Y LE DIO ESTAS PALABRAS.» La concurrencia tanto en el pavimento del templo como en la tribuna ó galería era escasa: algunos caballeros, varias señoras inglesas, y un pequeño número de soldados constituían el pueblo. En uno de los púlpitos estaba el sacerdote vestido de un traje semejante al de nuestros magistrados con la Biblia abierta delante. El sacerdote y el pueblo rezaban algunos salmos alternando en los versículos con el coro que les cantaba lijera y sencillamente.

Sobre algunos de ellos hacia el ministro sus es-

plificaciones y exhortaciones al pueblo, que éste escuchaba con profundo silencio y religioso decoro. Mas como allí todo se hablase en inglés, TIANQUE se consumía al ver que no podía entender una palabra, y con la libertad antireligiosa que se usa en nuestros templos no hacía sino hablarme al oído diciéndome: « Señor, el diablo me lleve si estos no son judíos también.—No, hombre, no son judíos; no seas majadero y calla.—Pues cristianos no son tampoco, mi amo.—Cristianos son, hombre, aunque no católicos.—Pues entonces ¿cómo es que rezan y predicán en griego?—No rezan sino en inglés; y te repito que calles, porque aquí no se permiten las libertades é irreverencias que en los templos de España.

En esto se Negó á él uno de los porteros, el cual le hizo la misma prevención y aviso que yo acababa de hacerle, pero como se lo dijo en inglés él no se dió por entendido y continuaba diciéndome « Señor, quiciera Dios que el Santo Padre no nos eche una excomunion de esas de *iso fato* si sabe que estamos aquí. » Yo temiendo que TIANQUE me comprometiera con sus indicaciones me levanté y le hice señas de que nos saliéramos, como lo hicimos, no sin que antes preguntara el bueno de PELEGAT al portero: oiga vd., señor sacristán ó señor monaguillo, ó lo que vd. sea entre estos metódicos ó como se llaman, ¿no hay aquí una mala pila de agua bendita en que mojar-se los dedos un cristiano? afortunadamente la no inteligencia mútua nuestra de idiomas hizo que las simplezas de mi lego no produjeran el disgusto á que con ellos me exponía.

Pero el sacerdote que desde el sitio de su ministerio había notado estas contestaciones se apresuró, concluida que fue la ceremonia religiosa, á dar á FR. GABRIEL una prueba de su delicadeza pues cuando volví á la celda provisional gerundiana de Gibraltar me hallé ya con una carita de *Mister Rulo*, que así se llama, en que figurando-

se que el portero, que parece ser nuevo en el oficio, nos había incomodado con algunas prevenciones impropias de su tolerancia y de la consideracion y deferencia que tienen con los extranjeros, manifestaba su sentimiento y su inculpabilidad dando una fina y caballerosa satisfaccion por el disgusto que suponía habríamos recibido: comportamiento que quizá no hubieran tenido muchos de nuestros sacerdotes en igual caso.

Desde la iglesia de los Metodistas pasamos á la de los Protestantes, que también se hallaba en la celebracion de su fiesta. El templo de estos es mayor, aunque en lo esencial por el mismo estilo del de los Metodistas, con la diferencia que en lugar de las dos targetas que en aquel contenian los mandamientos, en este hay tres, una en que está escrito el credo, que es la de la derecha, otra, la del centro en que se leen los diez mandamientos, y la de la izquierda en que está el *Pater noster*, *the Lord's prayer*. La concurrencia era también mas numerosa; pero no pudo menos de llamar mi gerundiana atencion la division de localidades que con harta estrañeza allí advertí: pues habéis de saber, amados suscritores míos, que esos ingleses tan celebrados por su espíritu y antiguo gobierno de libertad tienen en su templo, donde los hombres debemos ser mas iguales que en parte alguna, su sitio ó local de preferencia para la clase aristocrática, otro para la gente no aristocrática, y otro para la tropa y gente ordinaria, cosa que como sabéis no se usa entre los atrasados españoles.

El rito y forma del culto es con poca diferencia el mismo de los metodistas: el sacerdote cambió el ropage blanco con que estaba en el pulpito inferior, y se vistió de otro negro, qual al del ministro metodista para subir á predicar en el superior. La música del coro, si bien un tanto magistosa, era escasa en el instrumental, y las voces de los cantores medianas y de no muy exacta

afonación. En sus actos religiosos se observa, si, un decoro digno de ser imitado, y las funciones de sus días de fiesta, que lo son solamente los días míngos y el viernes santo, son siempre las mismas, sin más pompa ni más variación que la de rezar distintos salmos y distintas oraciones, lo cual hace resentirse el culto de una monotonía poco atractiva. Como todo se decía también en inglés, yo me uocia á Tiraboque impaciente y disgustado, en cuyo disgusto debía mezclarse sin duda el remordimiento propio de su racio catolicismo de ver entre gentes de distinta creencia. Así es que cuando salió se sacudió furiosamente el vestido y zapatos, por sí acaso, decía él, se le había pegado alguna heresia de polvo ó yeso que hubiera bastado á hacerle vivir intranquilo, á no hacer como la reina Cristina una confesion general con el Papa.

A la salida nos dijeron que iban los judíos á hacer el entierro de una jóven, de lo cual infirió Tiraboque que la jóven judía sin duda habia muerto. Yo no quise perder la ocasion de presenciar una de las ceremonias mas notables que ellos tienen. Trabajo me costó persuadir al huero de Petecchin que nada por eso se nos pegaria del judaismo; para lo cual hube de valerme de este argumento á *similit*: «Ven acá, hombre, ven acá, lego idesperto y rudo: dime, ¿no me has visto hablar y tratar en el discurso de todo el viaje, aquí con retrógrados insignes, allí con requesueros tan líquidos y tan blandos que casi eran un puro suero, acá con republicanos de rompe y rasga, allí con personas *sapientes absolutismum*, y aquí y allá con liberales del *ultra* y con liberales del *non plus*, y en todas partes con quien la casualidad ó mi observantismo me han deparado?—Así es la verdad, señor.—¿Y se me ha pegado por eso algo de la religión política de cada uno?—Me parece que no, ni aun.—No hay «me parece» que valga, ¿no digo yo mi marcha libre é independiente hablando de las cosas conforme á mi pobre y leal saber y

entender, sin que el trato y comunicacion con unos y con otros haya tenido mas influencia en mí que la de oír á cada uno y hacer mi juicio sobre el estado de la opinion?—Si señor.—Pues así ni mas ni menos, *PERCEN*, así ni mas ni menos podemos ver, oír y hablar con los hombres de otra religion sin que nada se nos pegue de ellos y sin que por eso sufra lesion ni padezca menoscabo nuestra rancia y bien afirmada creencia católica. El hombre, *TIRABQUE* mío, puede llevar consigo á todas partes su fé religiosa, así como ves que nosotros llevamos por do quiera pura y sin mancha nuestra fé política.—Señor, ha hablado vd. como un santo apóstol; vamos á ver como caetan el gori-gori á sus judíos á la gente que se muere, que tengo para mí que ellos han de entender poco de *requiem eternam* y de *aspergis*.

Salimos al camino á esperar el entierro, pero el tiempo trascurre y la comitiva fúnebre no llegaba, *TIRABQUE* me decía: «Señor, imposible será que la muerta no haya resucitado, solo porque no la entierren el mismo dia que se enterra á Cristo, porque estos judíos son capaces de cualquier cosa.» En estos y otros cálculos estábamos entretenidos cuando fuimos avisados de que el entierro se habia vuelto desde el camino á casa: ¿por qué, diréis, amados lectores míos? Porque un impolítico y antijudío perro habia tenido el atrevimiento de pasar por debajo de la urna cineraria; y si mas veces él ú otro atrevido can pasara, otras tantas hubieran vuelto á casa con el cadáver, y le hubieran lavado de nuevo, y envuelto en otro lienzo limpio, porque el paso de un cuadrúpedo por debajo del ataúd es para ellos un signo del mas siniestro agüero, y con el cual creen el cadáver lastimosamente contaminado; y esó que tratan de sacarle cuanto antes de casa, porque mientras no se entierre dicen que está padeciendo en este mundo. *TIRABQUE* se reía como un simple, diciéndome: «Señor, lléveme vd. yz

donde se le antoje, que de estas cosas pareceme que no se me ha de pegar nada.»

Llegó por fin el entierro de su segunda salida, que sin duda no debió ser infausta como la primera. Nosotros le seguimos hasta su cementerio, que está al descubierto en el peñon hacia la punta de Europa. Al llegar al lugar de los sepulcros algunos hebreos comenzaron á arrojar piedras hacia atrás como se cuenta de Dentalion y Pirra cuando poblaron el mundo. TIBASQUEZ, no considerando como de ceremonia aquel acto tan brusco, creyó que se las arrojaban á él, y ya se estaba preparando para tomar la rebanchar con tal decision y tal furia que yo creí que íbamos á tener una docena de entierros en lugar de uno. Yo me apresuré á enterarle de aquella costumbre, y no hubo por entonces guerra de religion. El cadáver fue desovuelto al acaso y arrojado á la sepultura. No tube proporcion de ver si la postura en que cayó el cuerpo ofrecia ó no probabilidad de salvacion para el alma, pues segun ellos si cae boca abajo es una señal próspera y fausta para su destino futuro, mas si cae boca arriba es un signo de muy siniestro porvenir. Las sepulturas de los judíos todas estan cubiertas con lapidas; algunas, que se conoce ser de los Rabis y gente de alta escala, son de bermoso y bruñido jaspe, y en todas ellas se leen inscripciones mas ó menos largas en caracteres hebreos. Ya me parecia á mí que iba escapando de las indiscretas locuacidades de TIBASQUEZ, cuando vi que se acercó á un judío y le dijo: «Oiga vd. parsona, porque á vd. no me atrevo á llamarle hermano: ¿vd. espera todavía la venida del Mesías?—Sí señor, le respondió.—¿Y no se cansa vd. de esperar?—No por cierto.—Pues alabo la cachaza: menos tiempo hace que estoy yo esperando un gobierno bueno en España, y ya se me acaba la paciencia, con que mire vd. si era yo bueno para esperar tanto.»

Al descender de aquella eminencia encontra-

meo otro cementerio de cristianos: yo iré cuidadosamente á ver si hallaba el sepulcro de aquel ilustre emigrado á quien el Duque de Wellington pasaba 55 pesos mensuales durante su exprotriciacion, y cuya sepultura costó tambien despues; del patriota y literato que tubo el honor de presidir las córtes de Cadiz, D. Gabriel Ciscar, que deba estar alli enterrado, y no hay un solo vestigio que indique al viajero el lugar donde descansan sus cenizas. Eran cenizas de un liberal, y proseguí sin estrañarlo.

No bien pisamos otra vez la primera calle cuando me dijo Tirabeque: «señor, señor, aqui viene un maragato: gracias á Dios que tropezamos con gente de la tierra.» Y acercándose á el, «paisano, le dijo, ¿es vd. de Santiago Millas, ó de Castillo de los Polvazores?» El hombre contestó en un idioma estraño pareciéndome haberle oido pronunciar la palabra Misolhóngy. Era un comerciante griego que habia arribado el dia anterior en un b que mercante y cuyo traje en efecto no dejaba de semejarse bastante al de los maragatos de Castilla. Casado Tirabeque me oyó decir que era griego, «Señor me dijo, vámonos cuanto antes de este pueblo, porque aqui todo va siendo griego para mí.»—Estoy precisamente pensando en lo mismo, Peregrin.»

Y aunque no lo hubiera pensado, hubiérame decidido á ello una respetable comision de Ceuta que mas de dos horas hacia aguardándonos estaba. Lo avanzado del dia me movió á disponer apresuradamente el viage, y á la hora nos hallábamos ya á bordo del jabeque ó buque-correo que al efecto habia sido mandado. Yo habia procurado ocuitar á Tirabeque el punto de nuestra direccion; pero ya heclós á la vela, «Señor, me dijo, ¿es posible que no he de saber donde vamos?—Si, le responli, lo sabras, vamos á Ceuta.—¡A Ceuta, señor! ¿Pues qué he hecho yo para que vd me lleve á presidio? ¿No hay por aqui un barco de am-

nista en que salvarme?—No te aflijas, hombre, no te aflijas, y déjate llevar, que no son grillos ni cadenas los que allí te aguardan.—Señor, aunque me esperen coronas de flores yo no quiero ya más pueblos extranjeros.—No me admiro, PELEGAIN, de que un español tan lego como tú tenga á Ceuta por un pueblo extranjero, cuando en enero de este año el jefe político de Valencia espidió un pasaporte para Ceuta á favor de D. Francisco Gonzalez y Morera vecino de Madrid, poniendo: «pasaporte para el extranjero» firmado por su secretario, y refrendado después con fecha 25 del mismo por el vice-consul inglés J. M. Peysolon; de manera que tenemos aquí cuatro personas, al parecer no legas, que estaban en el mismo error topográfico que tú.

Poco á poco se fue conformando y tranquilizando el buque de PELEGAIN, si bien se le conocía que la idea del presidio le tenía pensativo y cabiloso por demas. La calma que había en la atmósfera le hacía falta en el corazón. Aquella era tal, que aunque al barco se le dió todo el trapo era escusado pensar en que se moviese de un sitio; ni el más ligero ambiente se percibía. Estancado el buque como expediente en secretaría fue preciso que la launcha ó esquife le fuera llevando á remolque. Los infelices remeros trabajaban como galeotes á pesar de ser dependientes del gobierno (porque el jabeque aquel es del estado, y de consiguiente el barco está sin sebo y los marineros sin unto), pero el movimiento era tan lento y pausado que parecía causa de oficio en tribunal de justicia. Para tomar las corrientes del estrecho era menester ir bordeando la costa hasta la Punta del Carnero; ambages y rodeos que buscan los prácticos cuando no sopla viento favorable y temen entrar de lleno en la cuestión y ser arrastrados por el torrente de un estrecho de mar ó por la corriente de la opinión pública. El heterodoxo Lijaje hubiera pasado un comunicado al capitán del buque

indicándole el rumbo que deseaba seguir; yo no me atreví á hacerlo ni por mí mismo ni por medio de Tirabeque: cosa era que debía decidir no la fuerza sino el estado atmosférico y el de la mar. La noche sobrevino, y nosotros no habíamos podido salir de bahía. Ya no pude contenerme, y participando desde lejos del flujo de interpelar que en las cortes se ha desarrollado de nuevo: «hermano Blanco, le dije al capitán, ¿cuándo salimos de aquí? ¿Será el plazo de este viage tan largo como el de la convocatoria de cortes?—Padre Fray Gerónimo, me dijo, si yo tuviera una Constitución á que atenerme, temeria verme obligado como los ministros á pedir ahora perdón por haber saltado á ella en aquel plazo, pero como yo no tengo mas Constitución que el viento, en aprovechándole cuando le dé gana de venir, no estoy obligado á mas.» Admirado me dejó la sábia respuesta de aquel antiguo marino que lleva 64 años haciendo la travesía del estrecho. Pero las horas pasaban, el viento no venia, la cuestion de progreso no llevaba trazas de resolverse favorablemente, y Tirabeque en su desesperacion casi clamaba porque seplase aunque fuera un huracan á trueque de salir de aquel paso.

Ultimamente á favor de una brisa que se levantó llegamos á las doce y media de la noche á este puerto que para tantos es de condenacion y para nosotros fue de salvacion.

EN CEUTA.

¡Válgame Dios! ¿Quién habia de pensar hace algun tiempo que Fr. Gerónimo y Tirabeque hubieran de venir á resucitar el sábado santo al presidio de Ceuta? Y ojalá, hermanos míos (dice ahora Pelegain), ojalá, dice, se celebrara en todas

partes la resurreccion del Señor como se ha celebrado en Ceuta, fusilando á los Judas (1); porque mientras haya Judas, añade, no faltará quien nos venda, y no faltará quien trabaje por crucificar al que nos redimió.

Tirabeque se quedó sorprendido al encontrar por la mañana en la que él tenía solo por un presidio un pueblo regular, de cielo alegre y despejado, las casas blancas, interpoladas de jardines, que colocadas á la falda del monte y miradas desde la ensenada figuran un nacimiento; las calles mejor empedradas que las de cuantos pueblos hasta ahora hemos visto, figurando una especie de mosaico, y obra todo del actual gobernador, el hermano Rodríguez de Vera. Pero aun mas asombrado se quedó cuando acompañados de éste vimos aquel laberinto de fuertes que forman las cuatro líneas de fortificación de la puerta de África del lado del campo del moro, obra que le hizo decir á Lord Londonderry el año pasado: «puede vd. tener la satisfacción de que manda la plaza mas fuerte del mundo; y que le hizo decir á Fr. Gerónimo este año: puede vd. tener el desconsuelo de que manda la plaza mas ignorada de los españoles, como no sea de algun desdichado que haya venido por aquí.»

Por la tarde se determinó ir á la raya del campo del moro que está en una pequeña colina inmediata á la poblacion, guardado de trecho en trecho por centinelas moros y españoles, cada uno en su campo, pero tan próximos que se pueden hablar naturalmente como dos personas que se hallan dentro de una misma habitacion. Es singular el contraste que forman el soldado español paseando frente á su garita y el soldado árabe sentado á la puerta de su miserable barraca; el ajustado peti

(1) Llamam Judas á unos monigotes de paja que cuelgan en las calles de una sogá que pasa de ventana á ventana, á los cuales disparan infinidad de tiros en el acto de anunciar las campanas la resurreccion del Señor.

y encorvado chocó del uno con el bardo albornoz y tosea capucha del otro; el sable del europeo con la larga escopeta del africano; el ensombrado bigote del español con la barba descuidada y sucia del marroquí; el tranquilo continente del hombre con el ojo sospechoso del salvaje. Dos varas de terreno dividen la civilización de la barbarie, la libertad de la esclavitud, la dignidad de la abyección; la España de la Mauritania.

Con el ademán y encogimiento de asustado niño á quien le hacen el coco así miraba TIVASQUE al morazo que estaba de continela, que con aquella capucha y aquel pardusco sayal junto con su crecida barba, mas parecia un ermitaño ó un lego de capuchinos que soldado de armas tomar. Yo contemplaba entretanto.... ¿qué pensaréis que contemplaba yo, hermanos míos? ¿Creis acaso que le falta á Fr. GERONIMO qué ofrecer á Dios en el campo del moro? Pues sabed, queridos del alma que estaba contemplando como hallándose de gobernador de Ceuta el año 37 el hermano Sanjuanense se dejó quitar de los moros una porción de terreno nuestro, que poseen todavía, con desdoro de la nación: sin que ni se haya rescatado ni se haya obtenido satisfaccion alguna de ellos, ni se haya juzgado á quien lo dejó arrebatár, cuando para reconquistarlo cuervo mas para sostenerlo sobre con una escasa compañía de nuestros valientes cazadores. De manera, hermanos míos, que es una gloria andar por estos países: por la izquierda nos pellizcan los ingleses, por la derecha nos pellizcan los moros, y el pacientísimo español á todo callaba como un corderito de Dios: *agnus Dei qui tollis peccata mundi miserere nobis.*

Ayer tarde tubo lugar con Fr. GERONIMO un suceso nuevo en los anales de Ceuta, y nuevo tambien en la crónica de las aventuras gerundianas. En el territorio morisco habia una mora enferma, hija del Kaid ó gobernador de Anchara *Mu-gamet-Ben-Ali Deilel*, llamada *Aragma Ben-*

Acsek, y casada con *Muley Rechman*, cuya curación había encomendado su padre al gobernador de Ceuta en carta que por lo curiosa conserva original: mi reverencia escrita en arabigo y traducida al español, en cuya virtud había dispuesto el gobernador passasen allá dos físicos españoles; acto que debía verificarse á presencia del alcaide ó jefe militar del distrito *Hah-Hanmet Ben-Alli Edris*, y su correspondiente escolta de moros. La ocasion de ver una mora en su pais no era de perder para un Fr. Genesio; pero si dificultad y peligros ofrecia la entrada en el territorio árabe, era todavía infinitamente mas dificultoso el conseguir ver la mora; puesto que ni á los mismos moros les es permitido, ni menos á una casada puede verla sino su marido, con exclusion de su mismo padre cuanto mas de todo otro musulman. Sin embargo era menester verla, porque esto habia entrado en los decretos gerundianos, para lo cual se discutió que pasara mi reverendísima en concepto de un sabio médico español, de un afamado doctor (*stibib*) que queria asistir á la curacion de la enferma. Asi se acordó, no sin enviar antes una nota diplomática á los moros con la proposicion, que ellos admitieron no solo sin repugnancia, sino hasta con gratitud.

A la hora convenida vinieron Hanmet y Muley á la línea con su escolta de moros entre los cuales habia algunos *soldados de Rey*. El alcaide alargó afectuosamente la mano á nuestro gobernador y en seguida á nosotros, y por primera vez se estrechó la mano de Fr. Genesio con la mano de un musulman; no así *Traaque* que retiró la suya asustado de ver aquellas caras y aquellas vestimentas. Sentáronse algunos soldados al pie de su tabaña; uno de ellos se puso á tocar una especie de rabel de dos cuerdas que llevaba y que heria con una pluma, cantando despues acompañado de otro unas coplas de que por supuesto no entendimos una palabra, y cuya música no era

ningun duo de Bellini, ni los dos cantores eran tampoco unas sirenas. Despues de este desahogo, y despues de haber tomado mi paternidad en la mano uno de aquellos escopetones y el sable del alcaide, cuyo mérito elogí por señas todo cuanto me fue posible, pasamos los tres facultativos al territorio mauritano en compañía del marido de la enferma, de cuatro ó cinco de aquellos escopeteros, y del moro *Jameiro Bencada*, residente en Ceuta al servicio español (1) que nos servia de intérprete ó *dragonman*. A *Tiraboz* pude haberlo llevado en concepto de practicante de cirugía, pero me temí que nos hiciera pagar muy cara alguna de sus ligerezas ó indiscreciones, porque una risa estemporánea pudiera fácilmente haber hecho que fueran presentadas en triunfo tres ó cuatro cabezas de cristianos al emperador de Marruecos.

Pasamos por aquellos feracísimos campos del Africa, que es una mengua que no sean campos españoles, vestidos de lozanos y frondosos arbustos, vírgenes todavía de arado y azadon, y llegamos cerca de una mezquita situada á la falda de un cerro donde se vé un caserío que fue serrallo y hoy es eduar. Los moros de la escolta se quedaron sentados á cierta distancia, Muley se adelantó á buscar á su mujer, que salió de la mezquita, en cuya cima ondeaba una handera encar-

(1) Había en Ceuta una compañía de moros argelinos alistada al servicio de España, la cual prestaba servicios importantes: mas como *le pagaba el gobierno y el gobierno no la pagaba*, se ha ido quedando en esqueleto, y solo subsisten el capitán *Almanzor*, el teniente *Catul*, el cabo *Jameiro Bencada*, *Catul Muza*, y algun otro. *Catul Muza* decía contando sus crímenes á Fr. Gerundio: «¡ay Padre Gerundio! Yo me he perdido por ser liberal; si señor, porque soy liberal me dan este pago.» Estas palabras dichas á Fr. Gerundio de boca de un moro valen por toda una historia crítica de la revolucion de España.

nada, y á su lado clavada el asta en el suelo otra bandera blanca, cuyos significados no quisieron á no me supieran explicar. Mi paternidad vió venir hacia nosotros la mora envuelta en su *lihaik* blanca como una virgen de nuestros claustros y sin descubrir de su semblante sino un ojo, desnuda la pierna y metidos los pies, excepto el talon, en unos pantuflos amarillos, que así venia la hija de todo un gobernador, y así andan las hijas de los gobernadores en ese país de quien hemos consentido pacientemente dejarnos usurpar nuestro terreno. Muley le explicó quiénes éramos y á qué íbamos, y la confianza que podia tener de nosotros. Sentóse Aragua sobre la yerba entre unos matorrales, y entonces, sin que esto sea pintar como querer, se descubrió á nuestra vista un rostro como de 22 años, uno de los mas hermosos, finos y agraciados que mi paternidad ha visto en toda su vida enclaustrada y esclaustrada. Los facultativos le preguntamos por medio de nuestro dragoman sobre los antecedentes y actual estado de su padecimiento, deduciendo ser un vicio escrofuloso con algunas úlceras en la clavícula izquierda y otras partes, á lo que contribuía el temperamento linfático de la paciente. Yo Fr. GRANDIO, el afamado stibib ó doctor, la pulsé muy serio, la hice señas de que sacara la lengua, como lo hizo con mucha docilidad, en dos tiempos: hablé misteriosamente con los compañeros sobre los statomas que habia notado, y de acuerdo con los hermanos Guibert y Mendez, que eran mis profesores de Ceuta, se le dispuso lo que en su dictamen convenia, y mi profunda terapéutica no repugnaba. ¡Oh vicisitudes de la vida de un mortal! Sale Fr. GRANDIO de Madrid huyendo de las garras de los médicos, y hecho una mámia cristiana, y al poco tiempo se encuentra haciendo él mismo de médico en Morcerial.

Concluida aquella escena esencial y sublimemente romántica, Muley volvió á conducir á su Arag-

ma á el-jama ó mezquita, trayéndonos de regalo un gran plato de barro especie de barreño, lleno de manteca fresca, unos panecitos como los de san Anton, y dos dátiles que él mismo puso en mi mano, y yo conervo como el primer honorario que percibo desde que ejerzo la profesion médica. Preguntó por medio del intérprete qué resultado nos parecia que podria tener la enferma; yo le dije que esperaba en Allah que no tardaria en estar buena á lo cual levantando los ojos exclamó: «*Allahu Lilla!*! alabanza sea dada á Dios.»

Regresamos en la misma forma procesional hasta la linea, donde nos aguardaban impacientes los amigos, y mas impaciente que todos TIRABQUE, que ya estaba temiendo que nos habiamos pasado al uero, y esperaba ver á su amo á lo lejos en la cumbre de algun cerro con un turbante en lugar de capilla y comiendo alcucuz mano á mano entre los inquilinos de Berberia. Allí á invitacion mia y á presencia de muchos españoles escribieron Muley Rechaïm y Hak-Hammel en mi carta sus nombres y el mio en arabigo, ellos llevaron tambien mi nombre escrito en un papel, yo tomé un polvo de su tabaquera que es una calabacita muy lustrosa y redonda, nos dimos otra vez las manos, y despedímonos, sobremanera agradecidos ellos á la visita del doctor, y sintiendo yo que los españoles todos no pudieran contemplar en aquella selvática rudeza y en aquella miseria retratada en sus rostros y en sus trajes las escencias y sublimes efectos de un gobierno despótico, y diciendo para mí: «¡válgame Dios á qué poca costa podia tener aqui la España una de las provincias mas fértiles é interesantes que pudiera desear!

Para el bueno de PELBOX todo es nuevo y sorprendente en Ceuta. Lo que menos esperaba él era que en un presidio le obsequiaran con serenata, y aun menos el encontrar una compañía de nacionales hasta lujosamente uniformados.

La mañana de ayer, primer día de pascua, se destinó á recorrer á caballo todo el recinto de la plaza, sus baterías, fortines, cuarteles, almacenes de boca y guerra y demás aprestos belicos, pues si bien no puede Ps. Gravoso tener tanto de ingeniero como de médico, y en el ramo es tan lego como el mismo Tiraveque, cosas hay en toda materia que ni al mas lego se oculta si son buenas ó malas, si se hallan en buen ó mal estado, si están ó no en su lugar. Fuimos pues haciendo nuestro reconocimiento en derredor del monte Abila, compañero, gemelo y fronterizo del Calpe; llegamos á la punta de Africa, y subimos desde allí á la cumbre y fuertes del Hacho, que tambien en la fortaleza de Ceuta, para que todo sea semejante; hay Hacho ó torre de vista como en Gibraltar. Domínase igualmente desde su cúspide el mediterráneo por uno y otro lado, y aun el punto de vista abarca mas y es mas variado y pintoresco que el del peñon. Allí es donde se conoce la importancia política y militar de la plaza de Ceuta; no se le oculta por cierto á los extranjeros; los ingleses la miran desde Gibraltar con ojo envidioso y pensamiento conquistador y los franceses dirigen hácia ella su antejo de larga vista desde Arjel: saben que Ceuta y Gibraltar bajo un mismo dominio serian otros Dardanelos; y aun en la parte comercial no me diera Dios mas trabajo ni mas difíciles cabilaciones á mi Ps. Gravoso, lego como soy en materias mercantiles, que alcanzar el medio de neutralizar el inflajo y pujanza del depósito jeneral y foco de contrabando que en la fronteriza plaza para ruina de la España se mantiene: pero cosas son estas que hablarse mejor que imprimirse pueden.

En los fuertes del Hacho se hallan los presidarios por causas políticas; habrá en el día como unos ciento, entre los cuales se cuenta al famoso Estéfani, cuya celda tuvimos el honor de ver. Y sobre esto, amados lectores míos, sobre esto ten-

go que comunicaros una noticia importante y curiosa, que sino sois todos provisosos, si no sois mas serios y ceñudos que el Mendoza de piedra que se halla en la escalera de la biblioteca pública de Sevilla precisamente os hará reir. Dejadme antes tomar un polvo, que desde ayer noche que no le prueban mis reverendas y polvivoras narices. Esto es.

Pues como os digo, allí, en el Hacho de Centa, en aquel aislado extremo del Africa española, en aquel apartado depósito de carlistas confinados, allí se acaba de descubrir una conspiracion que tramaban aquellos pobres desterrados hijos de Eva en sentido republicano. Si, amados míos, la república nada menos querian proclamar los carlistas del Hacho de Centa, para lo cual habian tratado de seducir á algunos sergentos del 19 de línea que está dando las guardias en aquellas fuertes. Afortunadamente el auditor de la comandancia general tubo noticia del peregrino proyecto, y lo que resulte de sus investigaciones oficiales el expediente que se ha instruido lo dirá.

 Cuando mi lego TIBATQUE supo
 el plan republicano que en el Hacho
 tramó el carlino grupo,
 en el cuerpo la risa no le cupo,
 y se puso á reir como un muchacho.

Bajamos hácia la muralla del mar del Sur, débil por algunos puntos, mas para proveer á esta debilidad ya ha mandado el gobierno que en atención á que el fuerte que la protegía necesita algun reparo se deje destruir; y el fuerte obedeciendo las órdenes superiores, se está destruyendo con admirable docilidad. Pero al menos, decía yo cuando de esto me informaron, hubiérase sacado su derribo á pública subasta como ha hecho el ayuntamiento de Madrid con el de la columna de la Puerta del Sol, y de este modo el derribo del fuerte del Sur de Centa nos valdria siquiera unos cuartejos como el de la estatua de la Victoria, y no que así nadie se aprovecha de él mas que la

mar, que es la legítima heredera de las obras que el tiempo y el gobierno destruyen de mancoman.

No lejos de aquel sitio se encuentra un magnífico cuartel de sillería y mampostería que se principió hace unos ochenta años, y en el día está como hace unos ochenta años que se principió. Bien que lo que sobra en Ceuta són cuarteles; al menos para el gobierno que debe entender mas que yo de estas cosas debe sobrar con uno que hay de seiscientas plazas para cuatro mil hombres de guarnición, puesto que el gobernador le ha pedido los dos conventos suprimidos que han quedado y que no hay en Ceuta quien ofrezca tres pesetas por ellos, y el gobierno no los quiere dar: Dios tambien que es mejor que se calgan por sí mismos, y dice bien, porque yo pienso que no debe haber una muerte mas dulce que la de morirse de viejo quedándose como un pajarito; y en cuanto á los soldados, que se cobijen donde Dios les ayude, y sino que aprendan de los moros, que bien cerca los tienen, y es gente poco cuartelera, y si quien Dios por un orden regular debe ayudar menos que á los cristianos.

Desde allí nos condujo nuestra comitiva á un sitio donde Traseque pudiera divertirse mas y encontrar mas amenidad que en los que anteriormente habíamos visto; un convento habitado por una comunidad de mil ochocientos hermanos, todos legos y de consiguiente donde podia prometerse hallar condiscípulos y amigos. «Pues que, preguntaba él, ¿se han venido aqui todos los legos de España?—No todos, le respondian, pero sí lo mejor y mas escogido de cada convento.»

Quando entrábamos en el edificio oímos tocar una campana, que á Traseque se le dijo era la llamada á refectorio, pues aquella comunidad acostumbraba á comer á las once. Todo esto le afirmó al bueno de PELEGRIJ mas y mas en la idea de que aquella era un convento. Figuráos pues, amados lectores míos, cuál sería su sorpresa al hallarse formados en el patio los mil ochocientos presidia-

rios poco más ó menos que en aquella tanta esta hay en la actualidad. Desde luego conocía Tirante que el eugéno; y nos lanzó á todos una mirada que á haber salido de otros ojos hubiera sido aterradora, pero que saliendo de los suyos movió una risa jeneral. «Vamos, PETERIN, le dije, recorre esas cilas á ver si encuentras en ellas algun amigo.—No señor, no tengo ninguno; ninguno de estos ha sido de mi orden.» Y como se viesen entre ellas muchos negros, preguntó Tirante que si los presidiarios se volvian allí de aquel color. «No, hombre, le dije; estos supongo yo que los mandarán aqui de la Habana.—Así es la verdad; dijo el comandante del presidio; estos son los regalos que nos mandan ahora de allí.—Y de vd. gracias, hermano comandante, le repuse yo; de vd. gracias y pida á Dios que los hermanos ingleses no consigan de nuestro gobierno su proyecto sobre la emancipacion; de los negros esclavos de aquella isla, pare cuyo plát están pagando escrituras españolas que lo fomenten; que si tal se verificara, puede que en lugar de mandarnos acá negros criminales de aquella colonia, se llevara el diablo la colonia con blancos y negros, rubios y aceitunados, que es lo que ellos pretenderán demostrar. Afortunadamente los hermanos habaneros, inclusa la guarnicion, están dispuestos, segun á mi Rma. le avisan, á pelear todos antes que consentir que se realizara tan iniquivélico plan.

Probasmos el rapecho de los presidiarios, que consistia en arroz, patatas, garbanzos y tocino, y tambien lo probó sin que nadie la invitara á ello una reverenda rata que con descaro Toréalco á presençia de todos trepó muy santamente por una gabeta arriba (3), y metiendo su agudo hocico en la vanda no se salió sin su tajada entre los dientes: para que se verifique que á los mismos rateros, que algunos habria allí, no les falta una ra-

(3) Gabeta se llama en presidio á un recipiente de madera que contiene la comida para ocho: cada peloton de ocho come de una gabeta.

de que á su cuenta quiera madrar; bien que no sería aquella la única rata que haya hecho su negocio á costa de los pobres confinados, aunque estoy seguro que no en Ceuta por lo que al presente hace y mientras tales jefes tenga. El rancho estaba bastante regular como igualmente el pan que probamos también.

La calidad y cantidad del alimento, junto con la decencia de los vestidos, pues todos lo estaban de chaqueta y pantalón de lienzo blanco de no mala clase, me movió á preguntar, á mi Fr. GRANADO el preguntón, los fondos con que para subvenir á estas atenciones se contaba, y supe que todo, incluso la ropa de cama y demás gastos, salía exclusivamente de los seis cuartos que pasa el gobierno á cada presidario, pues los dos de *plus* que debía abonarles también se pierde ya la memoria del tiempo en que dejaron de peccibirlos, si bien es verdad que el contratista de víveres tiene pendiente con el gobierno una cuentecilla de tres ó cuatro mil pesos que cobrará cuando el gobierno mejore de fortuna. TIRABOQUE que oyó aquel refinamiento de economía se acercó al gobernador y le dijo: «oiga vd., hermano Gobernador; ¿me dará vd. noticia si ha estado alguna vez en este presidio alguno de los ministros de Hacienda que hemos tenido?» El prudente gobernador respondió que como empleado del gobierno no podía consentir se le dirigiese á él una pregunta que no hacía honor á los que han ocupado mas ó menos dignamente la silla ministerial. «No piense vd., replicó TIRABOQUE, que pregunto ya si han estado aquí como presidarios, aunque toda podría ser, si no fuera que aquí como en todas partes se morirán muchos que no tienen tos y á los ministros que la tienen no les lleva Dios; sino que quiero decir si han estado aquí por curiosidad para aprender á hacer milagros con la gracia de Dios y la economía que vd. sabe usar, porque tengo para mí que ellas son como aquellos cocis-

neros, salva sea la comparacion, que gastan en pingue mas de lo que importa el principal, amen de lo que pegado se les queda.»

Efectivamente el hermano Rodriguez Vera puede decirse que está haciendo en Ceuta milagros económicos: él cubre con los miserables seis cuartos del presidario necesidades y atenciones que parecen imposibles de cubrir: él está estableciendo fábricas para la elaboracion de mantas de caoa; él ha reparado las obras de fortificacion, empedrado las calles de la ciudad, allanado terrenos, abierto caminos, hecho paseos, construido mercado cubierto de pasadecita, habilitado el teatro, y cien otras obras de utilidad comun, sin percibir para ello un solo maravedí del gobierno, y cobrando al mismo tiempo su sueldo con el mismo atraso que los demas empleados y dependientes de la plaza. Esto prueba lo que se puede cuando se quiere, y mi paternidad á quien tienen ya abrumado tantos vice-versas, ha experimentado la mas grata satisfaccion al encontrar un hombre ocupando el puesto que debe ocupar; ¿y dónde precisamente? Donde menos pensarlo yo podia; en el presidio de Ceuta. Felicitemos á la flauta del gobierno, aunque haya sonado por casualidad.

Hízose una invitacion general á TIBARROQUE, convidándole todos con las mas finas instancias á que se quedara si gustaba en aquel convento, pero el muy socarron á todos respondia: «gracias, amado pueblo, gracias: tengo hecho voto de no abandonar á mi amo, y ademas me tira un poco la tierra de mi pais.

Cuando volvimos á la ciudad, hallamos en formacion al provincial de descalzos de Sevilla, no al P. provincial de religiosos descalzillos, sino al regimiento provincial cuyos soldados están sin zapatos, y á los dos batallones 1.º y 3.º del 19 de línea, que no necesitan de mochilas para las prendas, sino de prendas para las mochilas: en lo cual he conocido, yo Fr. GERONIMO, que ya va priu-

cipiando el gobierno español á premiar al virtuoso ejército que nos ha conquistado la paz. A bien que el voto de gracias que por unanimidad le han concedido el Senado y el Congreso irá trayendo para acá zapatos y botines, casacas y capotes, y cuanto es menester: solo que el barca de vapor *Voto de gracias*, que es el único buque que posee el ejército, no ha podido llegar todavía con el cargamento á causa de las mareas.

Ayer tarde *in honorem tanti festi* se corrió en el pueblo un matrimonio ensogado; y no lo llamo matrimonio porque los animales cornipetas tengan analogía alguna con los matrimonios, sino porque se corrieron un novillo y una vaca, los cuales no hicieron hazaña alguna que de contar sea sino haberle faltado poco á uno de ellos para hacer una fiesta seria al hijo del eterno, no al hijo del eterno padre, sino á un hijo del acompañante eterno de D. Carlos, Díaz Lavaudero, confinado á este presidio por diez años y un día, al cual parece que le ha relevado el gobierno de eso del día, porque dice que fue una equivocación que se padeció en la sentencia, y el novillo sin duda llevando á mal esta equivocación ó no creyendala verosímil, quiso aplicarle la condena por sí mismo no conformándose con el sistema de indulgencia del gobierno. Por la noche me llevaron al teatro, donde trabaja una compañía de la legua: supuesto lo que es de suponer, no ví mas particularidad que estar de apuntadora la primera dama.

Después de Ceuta.

Esto quiere decir que estoy otra vez en Gibraltar; y si no lo quiere decir lo digo yo, que lo sé muy bien, y en esto tengo derecho á ser creído. Muchas mas cosas os hubiera podido decir, amados lectores míos, del presidio mayor de África, pero no tube tiempo para escribir mas, porque el lunes se volvió á embarcar mi humanidad reveren-

disima para esta plaza en el mismo jabeque que de ella me habia conducido. Pero el hermano viento que á no dudar era viento español en eso de no guardar medio, quiso sin duda tomar venganza de las murmuraciones gerundianas á la calma del viaje pasado, y se pronunció tan de recio, que no parecia sino que el hermano Lolo de apático moderadote que era el viernes se habia convertido de repente en furibundo propagandista, que de estas conversiones repentinas estamos viendo cada dia, y así hay que fiar en ellas como en la inclinacion de los vientos en el estrecho de Gibraltar, que por la mañana soplan de un lado, y por la tarde soplan de otro, y todo es viento, y al mediodia hay calma y á la noche tempestad, y todo es inconstancia y volubilidad.

Ello es que trae un caminito de prueba: el viento de bolina, el barco siempre ladeado á manera de ministro que ya empuñó, la mar en 1.º de setiembre, las olas oncespadas como cuestion de regencia, las velas á sotavento izadas con diplomacia francesa, la maréa en creciente como la opinion unitaria, las corrientes del estrecho encontradas como si fuesen liberales, el buque subiéndolo y bajándolo como bolsa de comercio, el oleaje enviando artículos comunicados de raciones hasta la cámara de popa, y entrando otras veces por estribor como enemigo que no se atreve á dar la cara, Fa. Gerundio y Tibabeque mareados y estontados como los que beben el agua de la Cibelea, limpios nuestros estómagos como si fuesen estómagos pensionistas; he aquí, hermanos míos, el estado en que llegó la redaccion de Fa. Gerundio á esta bahía, en cuya consecuencia ni uno ni otro estamos en disposicion de poder deciros mas por hoy. Pasadlo tan bien como descais, y otro dia os daremos razon de nuestras personas desde el punto en que se encuentren.

Editor responsable, F. de S. Puentes

MAURID.

IMPRESA DE MELLADO, calle del Sordo, n.º 11.